



NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre.	Ptas. 2,50	Ordinario.	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios.	» 5	PROVINCIAS: trimestre.	» 3	Extraordinario.	» 0,50
		EXTRANJERO: año.	» 15		

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

¡¡SIN REMEDIO!!



Pero, Señor, ¿adónde vamos á parar? ¿Qué vértigo se ha apoderado de la gente joven, que acude á bandadas á alistarse en las filas de la torería? ¿No hay ya otros oficios, ejercicios ó profesiones que proporcionen decorosa subsistencia á los hombres de buena voluntad que quieran trabajar? ¿Adónde vamos á parar, repetimos?

Asombra recorrer la lista del inmenso número de toreros, que, siéndolo ó no, hacen sonar sus nombres en carteles, dándose tono de formales lidiadores, y hasta de especialidades en un arte que por completo ignoran: hay tal confusión de nombres y motes, que es punto menos que imposible conocer á ninguno de éstos toreritos por sus antecedentes, si es que los tienen, y como en la torre de Babel, ni ellos se entienden, ni nadie los conoce, ni se sabe de dónde vienen, y eso que cuidan bien de difundir su fama (!!) por medio del telégrafo, trompeteando desentonadamente y haciendo sonar el bombo y los platillos con horripilante estruendo. ¡Qué enjambre de zánganos arrojados de no sabemos qué colmenas! ¡Qué modo de zumbear en los oídos, atronándolos, el continuo *moscone* de hazañas imaginarias, de hechos inauditos perpetrados en remotas regiones!

¡Y que no hay humo, y presunción, y jactancia, y tontería en tales mocitos, que se figuran cuando menos tan entendidos y valientes como Pedro Romero y Francisco Montes! Hasta en los apodos que adoptan desde antes de pisar la arena, descubren su necia petulancia. Hácense llamar Ostioncs ó Armillas, porque los que legítimamente honraron el arte con dichos motes, adquirieron nombradía: otros, porque Lagartijo cobró fama, han admitido los sobrenombres de Lagartija, Lagartijillo y Lagartijito; y otros, pareciéndoles poco tal apéndice á su apellido, no se contentan con menos que con los de Pepe Illo y ¡Costillares! Si no dieran risa tales pretensiones ridículas, era cosa de preguntarles dónde, cuándo y cómo conquistaron nombres tan gloriosos; y aun de hacerles exhibir su hoja de servicios, en la que, seguramente, no constarán esos títulos nobiliarios, pero sí el con-

sabido renglón de: «Valor, se le supone».

Todo lo bueno ha caído en desuso, porque no es posible conservarlo ante esa avalancha de toreros nuevos, que á toda costa necesita trabajar para comer. Antes, los matadores de toros eran buscados en sus propios domicilios ó en los de sus apoderados por los empresarios de Plazas que acudían á ellos provistos de buenas recomendaciones; hoy, son los toreros los que suplican á las Empresas, poniendo en juego toda clase de influencias, y por si esto no basta, se hacen anunciar en los periódicos descaradamente demandando acomodo, ni más ni menos que si fueran amas de cría ó casas de huéspedes *con ó sin*: y claro es, al verse agobiados los empresarios con tantas pretensiones, al observar que sobra gente de quién echar mano en toda ocasión, anuncian á su vez que admiten proposiciones de espadas que quieran torear en días determinados, para escoger, entre los que se ofrecen, al que prometa hacerlo mejor y más barato.

Parece que se ha perdido hasta la más ligera noción de dignidad personal. La situación de esa plaga de torerillos, que ha venido á sacar de quicio al arte, engrandecido por grandes maestros, ha quedado reducida á la de simples mozos de oficio, ó criados de servir, y, si Dios no lo remedia, llegará día en que todos esos infelices que tan en poco estiman su vida y su honra torera, habrán de ir provistos de cartilla en que consten sus señas personales, para poder ser conocidos. Es indudable que la competencia abarata el género, pero esto sucede en igualdad de circunstancias; es decir, cuando el género tiene la misma clase, la misma calidad é idénticas condiciones: por eso los espadas que han llegado á descollar entre sus compañeros, no pasan de media docena, y fijan á su trabajo un precio alto, que no contribuye poco á que en Madrid se verifiquen menos corridas de las que debiera, pero al fin, como estrellas del arte, le sostienen hasta donde pueden; pero los que sin saber tomar un capote en sus manos se arrojan á matar toros, fiados en Dios y en su buena suerte; los que van resueltos á consumir el suicidio, recibiendo cornada por estocada, sin más nociones del arte que las explicadas en la calle de Sevilla ó en la puerta del café Imperial, ¿qué calidad ostentan? ¿á qué clase pertenecen? ¿qué condiciones manifiestan? Ninguna, por desgra-

cia suya: están condenados á ser carne de cuernos, y alumnos permanentes de hospitales.

Y lo peor es que no se vislumbra el remedio para tantos males. Las Empresas que no pueden soportar los gastos del ganado caro y de los altos precios de los espadas de primera nota, acuden de ordinario á contratar matadores noveles, y á comprar reses de desecho, con los cuales organizan corridas económicas que suelen dar más utilidad que las formales, porque á ellas, ¿qué las importa el arte? Han tomado las Plazas como negocio mercantil, y bajo este punto de vista, hacen muy bien explotándole. Los pocos lidiadores que han llegado á ser estimados como maestros, desdeñan aconsejar á los que les siguen, para procurarles adelantos en su arte. Los que pudieran ser algo como Lagartija, Pepete, Mateito, Lagartijillo, Bonarillo y algún otro, trabajan pocas veces ó tienen que someterse á exigencias de los empresarios, y á lidiar toros resabiados y de malas condiciones: y los espadas nuevos, los del turbión, que se contratan por cien pesetas ó por menos cantidad, no hacen caso de nadie, porque nadie lo hace de ellos.

Y el desorden reina y el mal no tiene atajo. ¿Cuándo concluirá tal estado de desgobierno taurómico? ¿Cuándo vendrán mejores tiempos para el arte?

¡Pobre arte! ¿Qué bien pudiéramos decir á las Empresas y á los toreros parodiando al célebre Lista:

¡Todos en él pusistéis vuestras manos!

J. SANCHEZ DE NEIRA.

NUESTRO DIBUJO



Aunque el episodio á que hace referencia la ilustración de este número, y que tan lamentables consecuencias tuvo pocas horas después, es harto conocido de todos cuantos muestran un átomo de afección á nuestra fiesta nacional, y de la inmensa mayoría de los profanos á la misma, la circunstancia de no figurar todavía entre las numerosas reproducciones gráficas que forman nuestra variada colección, nos induce á llenar ese vacío, ofreciéndole hoy como interesante recuerdo de pasados, y tocante á la particularidad taurina, mejores tiempos.



Cerraba el siglo anterior y comenzaba el primer año del presente, con una de esas épocas de apogeo que suele alcanzar periódicamente la tauromaquia, merced á la noble emulación y á los excepcionales méritos y condiciones de varias personalidades, cuyo modo de ser profesional, las hace converger en un mismo fin, cual es el mayor desarrollo y brillantez del arte que cultivan.

Eran por aquel entonces esforzados y concienzudos mantenedores del toreo, los famosos Pedro Romero, Joaquín Rodríguez (Costillares) y José Delgado (Ilo). Sancionados como maestros, y más aún, como inventores también de determinadas suertes, compartían la admiración y el favor del público en igual proporción, considerados como diestros jefes en las campañas taurinas; pero en el terreno particular y en el afecto popular, como hombres, el último sacaba sobre los dos primeros una ventaja extraordinaria.

Siempre y en todas ocasiones, impresionante la masa del pueblo, fuera porque se trataba del más joven de los tres, fuera por sus atractivos naturales y de carácter, quizás en último término por cierta aureola caballerescas y aventurera de que se había ó le habían rodeado, es lo cierto, que al exterior de la Plaza, en las calles, en el hogar, en sociedad, en fin, llevaba la partida ganada Pepe Ilo; y que entre la gente que de luenos siglos atrás, había hecho una religión de la galantería, las novelescas referencias y los amorosos trances que de él circulaban, le granjeaban una simpatía que rayaba casi en adoración.

El joven lidiador procuraba en el redondel conservar su categoría, practicando cuanto practicaban sus compañeros, sin pararse á reflexionar si sus facultades ó su menor experiencia, le permitían emprender con igual éxito lo que emprendiesen los demás; de aquí el considerable número de contratiempos y heridas, que en comparación de los otros, presentaba en su cuenta corriente con la lidia de reses bravas. Y cuidaba á la vez de mantener en auge y aumentar su popularidad, socorriendo con mano pródiga al menesteroso, ofreciéndose incondicionalmente al amigo, respetando al superior y galanteando y enamorando discretamente, lo mismo á la garrida *manola* de Lavapiés ó las Maravillas, que á la suspicaz y encopetada dama de la aristocracia de Castilla; no perdiendo, al efecto, ocasión ni pretexto de exhibirse, donde quiera que podía sumar un aplauso ó una voluntad.

Consecuente á ello, y á estar probablemente los toreros de antaño, más impuestos en sus obligaciones como tales, que los de ahora, asistían á todas esas operaciones preliminares de las corridas, de las que hoy prescinden en absoluto, y cuya conveniencia en presenciarlas uno de los matadores excusamos encarecer.

Dícese que en una de las tardes anteriores á la celebración de estas fiestas, Pepe Ilo, en unión de varios amigos y aficionados, montando briosos alazanes, llegó hasta los prados donde pastaban las reses destinadas á jugarse próximamente. Agregáronse allí los vaqueros, y después de recorrer el terreno en varias direcciones, pasaron al sitio donde estaba apartada la corrida que debía en breve ponerse en camino para Madrid. Parados á corta distancia de los astados animales, y después de examinarlos con detenimiento, el matador, cuyo caballo se hallaba un poco más adelantado, volviéndose súbitamente hacia el mayoral, y en uno de esos arranques, hijos de su viveza de carácter, señalando con el dedo á uno de los bichos, exclamó lacónicamente:

—¡Ese toro, para mí!

El elegido era de bonita lámina, negro, bien criado y de nombre *Barbudo*; y expuestos sus deseos, volviendo grupas y seguido de sus acompañantes, se alejó al trote largo con dirección á la corte.

Verificóse la inmediata corrida el 11 de Mayo de 1801, transcurriendo sin novedad hasta el séptimo toro, que era ni más ni menos que el escogido por Delgado en su visita á la dehesa. La condición no correspondió á la estampa, y blando y cobardón, á duras penas tomó tres ó cuatro varas, por lo que le castigaron con cuatro pares de banderillas, pasando á manos de Pepe Ilo, que le tomó tres veces de muleta, con apuro, porque el toro se revolvió, entrando á matar, estando algo cerrado en las tablas. La estocada fué corta y contraria, alcanzándole el bicho, enganchándole por la ropilla y dejándole caer boca arriba. Ya en el suelo, recargó sobre el bulto, é introduciéndole el cuerno por la boca del estómago, le suspendió en el aire, volteándole y destruyéndole la cavidad del pecho y vientre, de cuyas resultas falleció al cuarto de hora próximamente.

Pertenecía el toro á una ganadería de Peñaranda de Bracamonte (Salamanca), y el susurrarse que al desdichado espada no le agradaban las reses castellanas, y la coincidencia de haber sido elegida por él mismo, revistió de un tinte fatalista á este desdichado suceso, que privó á la tauromaquia prematuramente, de una de sus más salientes figuras.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

Un apodo célebre.

VULGARÍSIMA como pocas es la máxima que afirma que la cara es el espejo del alma, y verdad completa resulta en el caso que me propongo referir.

Gonzalo Mora, el popular torero fallecido recién

temente, tenía en la cara retratada la alegría y el buen humor de que siempre hacía gala, aun en los momentos más críticos de su vida, incluso estos últimos años, en los que su estado pecuniario fué lamentable por demás.

Entre los muchos lances en que tomó parte su inagotable gracia, recordamos el siguiente que nos ha sido referido por el propio interesado, quien, seguramente, no pudo calcular que una broma del difunto diestro había de darle consolidada la popularidad á que entonces aspiraba, y de la que ya comenzaba á disfrutar:

Reunidas hallábanse en casera fiesta buen número de personas de todas las clases sociales, predominando los aficionados á toros y los toreros de á pie y de á caballo, destacándose entre los primeros Gonzalo Mora por su eterno traje curro y su no menos eterna charla festiva; y entre los últimos, un joven, casi un niño, pero con hechuras y con su poquito de orgullo, convencido de que efectivamente no pasaba desapercibida su figura.

Titulábase el mozalvete nada menos que *Brazo de Hierro*, mote que se daba de coscorrones con el físico, al parecer endeble, del chiquillo, á juzgar por su aspecto fino y sus maneras correctas, que á lo sumo toleraban la existencia del *brazo*, rechazando lo del *hierro*.

Durante la velada, Gonzalo Mora no cesó de derrochar chistes de los de buena cepa, de esos cuya gracia hacen soltar el trapo al más serio, y á cada instante se escuchaban verdaderas explosiones de carcajadas, entre las que nadie pudo oír la de *Brazo de Hierro*, que se mantenía serio como un cartujo y derecho como un huso, ocupando imperturbable su asiento.

No pasó desapercibida para nadie tan grave actitud, y menos para el celebrado cuentista, que, con su poquito de despecho, se sublevaba al ver que había quien tomaba sus gracias á beneficio de inventario.

—Pues señor—dijose entre dientes.—¿Si estará este chiquillo sordo, ó será el apoderado de mi tocayo el Comendador?

Y como si en ello le fuese la honra y la vida, uno tras otro endilgó un completo surtido de cuentos de todos colores, preciosísimos por su contenido, y con la gracia duplicada por la especial manera de ponerlos en conocimiento del regocijado auditorio.

A cada final de cuento, interminable serie de francas risotadas mezcladas con algunos aplausos, y entre tanto, *Brazo de Hierro*, nada, imperturbable, serio, como si algo muy grave ocupase su pensamiento, impidiéndole darse cuenta de lo que á su alrededor pasaba.

Conviene advertir de nuevo que lo más chocante en el joven picador, era la derecha de su bien vestido busto, pues nadie hubiese dicho viéndole, sino que sus nervios y músculos eran de retorcido alambre, y tenían en aquel instante toda su tensión desarrollada.

Gonzalo Mora se calentó de veras viendo aquella inexplicable imperturbabilidad, y se dispuso á quemar el último cartucho, á echar el resto, al *acabóse* que decimos hoy.

Y, efectivamente; salió el hombre refiriendo uno de los mayores golpes de gracia de su compañero en arte y en alegrías, Juan Pastor, *el Barbero*, siendo la terminación del cuento la risa más escandalosa y más justificada que puede darse, contribuyendo á tal resultado el mismo cuentista que, sin poderlo evitar, se rió grandemente de la gracia contenida en el sucedido.

Seguro de la victoria, volvió lentamente la cabeza al sitio en que *Brazo de Hierro* se encontraba, y... ¡caracoles! ¡Aquello ya era intolerable! ¡*Brazo de Hierro* estaba tan serio como al principio!

Disimulando un tanto el pésimo humor que le embargaba, Gonzalo Mora se puso en pie, y colorándose frente al joven picador, le dijo con un tono entre zumbón é incomodado:

—Vamos, señor *Brazo de Hierro*, diga usted algo ó por lo menos muévase, que parece que se ha tragado usted la badila.

Desde entonces mi querido amigo Pepe Bayard, que él era, dejó de llamarse *Brazo de Hierro* por no nombrarle nadie más que *Badila*, mote con el que se ha hecho justamente célebre.

EL BARQUERO.

EPIGRAMAS

Quando el toro *Misionero* salió pelea buscando, y en las tablas rematando rompióse un pitón entero, compasivo un caballero dijo al oírle bramar:

—¡Mal rato debe pasar!
y uno replicó á su lado
(sabiendo que era casado):
—Póngase usted en su lugar.

Díjome ayer Asunción que aunque es mucha su afición y grandes los incentivos, goza en los preparativos tanto ó más que en la función.

PLÓEZ

Notas sueltas.

Un distinguido aficionado de Málaga, nos da cuenta de la corrida de Beneficencia verificada en aquella ciudad el 31 de Julio, bajo la presidencia de hermosas señoritas.

El ganado de D. Joaquín Murube, fué fino de lámina y bien criado, pero de poca bravura. En el primer tercio se salían solos de las suertes, haciendo más por los de á pie que por los de á caballo. Tomaron en junto 39 varas, propinando 17 caídas y matando ocho jacos. En el segundo tercio, quedados ó huídos.

Mazzantini estuvo regular en el segundo con la muleta, despachándole con dos medias estocadas y un descabello á pulso. En el tercero, muy bueno en todo, clavando una gran estocada á volapié, que le valió una gran ovación y la oreja. Y en el quinto, que brindó al sol, desconfiado con el trapo y mal con el estoque. La estocada fué baja y delantera.

Reverte, en el primero, por cesión de Mazzantini, empleó un bonito trasteo, seguido de un pinchazo bien señalado y una buena estocada. En el cuarto, superior, valiéndole el magnífico volapié grandes aplausos y la oreja; y en el último, cumplió con una, caída.

Banderilleando, Galea. Picando, el Chato. La entrada, un lleno.

Para ayer domingo, á las cuatro y media de la tarde, estaba anunciada la inauguración de la nueva Plaza de Toros construída en Priego, provincia de Córdoba.

El ganado pertenecía á la acreditada vacada del Excmo. Sr. D. Antonio Miura, de Sevilla, y las cuadrillas encargadas de la lidia, eran las de Lagartijo y el Torerito.

Hemos recibido un folletito esmeradamente impreso en la imprenta de Ortega, de Valencia, conteniendo el *Dictamen del Jurado* para la adjudicación del premio de 5.000 pesetas, al ganadero cuyas reses mejor cumplieren en las corridas de aquella población, y que, como ya se ha dicho, se adjudicó á la Marquesa del Saltillo.

También hemos recibido otro folleto con la *Relación de la Dirección y parecer del Consejo fiscal, relativos á las cuentas de 1891 y gerencia hasta 30 de Abril de 1892, de la Empresa tauromáquica lisbonense.*

Agradecemos la atención.

Las corridas de la Plaza de la Rue Pergolesse, en París, revisten ahora excepcional importancia.

¡Como que están á cargo de los célebres matadores Francisco Granja (Carita) y Juan Ripoll, con sus excelentes cuadrillas!

Los apellidos de estos chicos si son españoles; pero dudamos que á esos célebres diestros los conozcan ni aun en su casa.

¡Gracias al refuerzo del Sr. Bento d'Araujo, y sobre todo de Mlle. Gentis... que si no...!

¡Bien la tauromaquia está!
¡Presenta cosas tan raras!...
¡Demoiselle que pone varas...
¡Digo!... ¡Si las tomará!

Leo en un periódico, que Tony Grice, cansado de hacer el payaso, se va á dedicar al arte taurino.

Aplaudo la decisión y la hallo justificada:

¡Bueno es que haya un clown-espada donde hay tanto espada-clown!

DON CÁNDIDO.